

## CUESTIÓN DE MILISEGUNDOS

Un parpadeo, un impulso, un latido... todos ocurren en milisegundos que parecen insignificantes, imperceptibles para nosotros, como soplos de viento fresco en un mundo lleno de huracanes. Milisegundos que tienden a perdurar en el tiempo mientras no los apreciamos, hasta que llega el día. El día en que, de forma inesperada, ese parpadeo, ese impulso, ese latido... se desvanecen sin previo aviso, llevándose consigo nuestra alma, la cual hasta ese momento había vivido despreocupadamente, ajena a las injusticias que residen en nuestra sociedad.

Sonó la alarma como cada mañana, María la apagó dejando cinco minutos de cortesía. Ya se oía a los niños de fondo revoloteando por la casa. Una sonrisa se dibujó en su cara al recordar lo mucho que los quería. Se levantó de la cama y se dirigió a la cocina, donde les encontró intentando alcanzar el bote de las galletas.

- ¡Mirad que os he dicho de veces que os podéis caer! -dijo riendo mientras se acercaba a darles un beso.

Por detrás apareció Óscar con cara de dormido.

- Hola cariño, hola niños... buenos días...

Mientras Óscar vestía a los niños para ir al colegio, María preparaba el desayuno para los cuatro. Al acabar, empezaron a almorzar todos juntos:

- Óscar, ¿puedes ocuparte de llevar a los niños al colegio? Tengo un caso importante a primera hora y necesito llegar al juzgado pronto.

- No hay problema, cariño.

María cogió las llaves del coche, se despidió de los niños y se dirigió hacia el garaje. Antes de arrancar, puso la radio para ponerse al día con las noticias de la isla: las fiestas, el balconing, las muchedumbres... era todo lo que se comentaba en aquellos calurosos días de verano en Ibiza.

La carretera estaba saturada de personas yendo a trabajar y turistas desorientados. Pitidos incesantes solo provocaban el agobio de María, que pensaba en su clienta, una joven que había sufrido abusos y la estaba esperando.

Pasaron milisegundos y de repente todo cambió. Ella, sumergida en sus pensamientos, era ajena a lo que ocurría a su alrededor, desconocedora de lo que iba a suceder. Él, un joven despreocupado que iba mirando el móvil, perdió el control del volante.

Pasaron milisegundos. Ella, su alma, la de una persona que tenía una familia a la que amar, estaba al borde de desvanecerse junto a su cuerpo, cuyo corazón latía cada vez más lento. Él, con la visión borrosa, una presión muy fuerte en la cabeza, y consciente de lo que acababa de ocurrir, pisó el acelerador huyendo como alguien incapaz de enfrentarse a sus propios actos y consecuencias, incapaz de enfrentarse a la vida.

María había aterrizado en el suelo, yacía inconsciente sobre la calzada, su coche se había destrozado y las sirenas pitaban. Una mujer que pasaba por su lado cuando el accidente sucedió paró inmediatamente el coche y bajó a socorrerla. Trató de comunicarse con ella, de llamar su atención, pero no hubo respuesta. No tenía respiración, necesitaba ayuda urgente.

Miró a su alrededor, la gente observaba pero no se paraba. Todas aquellas caras preocupadas actuaban de forma pasiva, pisando el acelerador, evadiendo la situación.

Agitada, cogió el móvil y marcó el 112:

- Oiga, ¡ayuda, por favor!... ha ocurrido un accidente... una mujer de unos treinta y cinco años ha sufrido un choque con otro vehículo, no respira. Estamos en la calle Real cerca de los juzgados. Vengan ya, por favor.
- Vale señora, tranquilícese. Estamos llamando a una ambulancia en estos momentos, por favor quédese con ella.

La mujer hizo caso, no se despegó de María.

El tiempo pasaba, más y más milisegundos se escapaban. Milisegundos que en un principio, cuando sonaba el despertador, jugaba con sus hijos, desayunaba con su

familia... parecían insignificantes. El tiempo pasaba y la vida de María pendía de un hilo, iba desapareciendo por momentos.

La gente seguía pasando y observando, pero la ambulancia no llegaba.

La mujer seguía tratando de ayudarla, pero la ambulancia no llegaba.

La vida seguía para todos, se acababa para María, y la ambulancia no llegaba.

De repente se escucharon las sirenas, todo el mundo hizo hueco y dos hombres uniformados que iban arrastrando una camilla se dirigieron hacia María. La recogieron, la subieron a la ambulancia, corrieron hacia el hospital con la esperanza de salvar su vida... pero ya era demasiado tarde, el corazón de María había dejado de latir.

Óscar acababa de dejar a los niños en el colegio cuando su móvil sonó y el teléfono de su mujer apareció en pantalla:

- ¿Diga?
- Buenos días, ¿es usted el marido de María Tur Ferrer?
- Sí, soy yo. Disculpe, ¿usted quién es?
- Verá, le llamo del hospital...

A Óscar le temblaban las manos conforme le contaban qué acababa de suceder. No podía ser, su mujer, la madre de sus hijos... no podía haber pasado algo como lo que le estaban contando.

- ¡No entiendo! Mi mujer... ¿mi mujer falleció en el acto?
- No señor, la ambulancia... -le costaba decir lo que iba a decir- la ambulancia no llegó a tiempo.
- ¿Co-cómo que la ambulancia no llegó a tiempo? -preguntó Óscar entre lágrimas.

- Lo siento señor, de verdad que lo siento muchísimo, hemos hecho todo lo que podíamos. Hay muchos accidentes, y muy pocos recursos. No tenemos suficientes ambulancias y hemos corrido enseguida que hemos sido comunicados sobre el accidente de su mujer, pero no hemos llegado a tiempo. De verdad que hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos.

El corazón de Óscar se rompía a pedazos, pensando en sus hijos, pensando en la mujer de su vida, que a partir de ahora brillaría cada día en el cielo, cuidándolos a todos ellos.

Mientras tanto, algo sucedía en la otra parte de la isla. Un joven culpable y arrepentido llamaba a su padre en busca de ayuda:

- Papá, papá,... verás...
- ¿Qué pasa, hijo? No estoy para perder el tiempo.
- He hecho algo que puede arruinar mi vida. Sobretudo si se han quedado con mis datos...

El joven empezó a narrar los hechos ocurridos en el accidente. Mientras tanto, su padre escuchaba atento. Cuando acabó, este tan solo le dio una firme y seria respuesta:

- No te preocupes, hijo. Saldrás impune, tan solo déjalo en mis manos. Moveré los hilos que tenga que mover. He de colgar.

El padre se despidió de su hijo, respondió un email procedente del Govern y se dispuso a entrar en el banco Lombard en Suiza, donde depositaría seis mil euros de paradero "desconocido". Una gran suma de dinero, que de forma injusta, había sido arrebatado a ciudadanos como María. Ciudadanos que, por falta de recursos, han llegado a sufrir hasta el punto de perder su vida, dejando una gran marca en todos aquellos que los amaban y los amarán siempre.